

UNA pequeña fotografía en blanco y negro de un José Luis López Vázquez joven, sonriente y vestido con chaqué, y la Medalla de Oro de las Bellas Artes. Colocados sobre el féretro con sus restos mortales. Eran los detalles en los que se fijaban los numerosos admiradores y compañeros que acudieron a despedir en noviembre de 2009 al intérprete que mejor representó en la gran y pequeña pantalla al español medio.

Pero lo que más llamaba la atención en el Teatro María Guerrero de Madrid, donde se instaló la capilla ardiente, era el hermoso ramo de flores blancas colocado delante del ataúd con la cinta '¡qué disparate!', un guiño de sus tres hijos a la coletilla que, para

lo bueno y también para lo malo, siempre decía su famoso progenitor. "Era una frase que mi padre repetía constantemente", desveló su hijo mayor, que recuerda al inolvidable protagonista de *Mi querida señorita* cuando se cumplen cien años del nacimiento del que fuera "el entretenedor de España".

El escritor Guillermo Balboni, los directores

Juan José Campanella, Manuel Gutiérrez Aragón y Pedro Olea y los intérpretes Carmen de la Maza, Javier Gutiérrez y Assumpta Serna hacen memoria y resaltan la "profesionalidad, dedicación y credibilidad" en todos los roles que encarnó, más de 200, este artista pudoroso, vergonzoso y tímido, que no se daba "pisto".

López Vázquez tenía uno de los registros más amplios que se han visto en el cine español, era un modelo de interpretación moderna. Contaba Borau que cuando fue a Hollywood para rodar con George Cukor se aprendió el papel de memoria. "Cukor dijo que la mejor frase final de una película después de *Con faldas y a lo loco* era la que le dijo Julieta Serrano a José Luis en *Mi querida señorita*: '¡que me va usted a contar, señorita!'".

José Luis López Vázquez, ¡qué disparate!



Perfeccionista de la perfección

José Luis López Magerus



José Luis López Magerus en la exposición dedicada a su padre en AISGE

“**Q**UERIDO JOSE, tu larga carta en la que me comentas tus vicisitudes laborales me ha gustado, si bien hubiera deseado que las cosas se te mostraran más fáciles y viables. No obstante, el esfuerzo y las dificultades por conseguir nuestros buenos deseos, y las propuestas que nos formulamos a nosotros mismos deben ser incentivo y estímulo, formación y conocimiento para conseguir mejor y más firme lo que nos proponemos. Pero si sigues el camino de la creación, de la obra creativa quiero decir, esa zozobra, esa lucha la tendrás siempre. Toda la vida. Si eres exigente contigo mismo, tendrás que estar rizando el rizo, doblando, triplicando, cuadruplicando, etc, el doble salto mortal hasta la extenuación, el cansancio, el desencanto. Perdona que te diga todo esto. ¡Ojalá que no te pase a ti o no lo padezcas! Y mucho me temo, Jose, que 'por ahí' ocurra siempre y también lo mismo. Bueno, lo importante ahora es que te encuentres feliz y bien dispuesto en tus quehaceres, que los emprendas con pasión, entusiasmo y ardor, fijándote poco en la trivialidad, indolencia y vulgaridad de los demás. Quizá esto te sirva también de estímulo, comprobar la falta de clase, de percepción ajenas. Pero ya te digo que el esfuerzo, el sacrificio y la obsesión te acompañarán de por vida y cuando aflojes estarás perdido, hijo mío”.

Estas palabras escritas por mi padre en el año 1983 son una sincera declaración de principios, de unos preceptos implacablemente aplicados durante toda su vida, o lo que es lo mismo, empleados con perseverancia a lo largo de su dilatada trayectoria profesional entregada incondicionalmente a una desmedida pasión por el trabajo. El producto de ese entusiasmo queda reflejado en su participación en 262 títulos en cine y televisión, en esos 262 personajes forjados a conciencia para el disfrute del espectador. Algo que fue, a fin de cuentas, el principal propósito de su esfuerzo.

Y el esfuerzo implica sacrificio. “Soy esclavo de un orden incierto”, aceptó con resignación en cierta

ocasión, siendo consciente del precio que tuvo que pagar por su obsesión para alcanzar esa aspirada perfección. Algunos de los que ahora leéis estas líneas podéis corroborar, si tuvisteis la ocasión de compartir con él algún rodaje –yo me incluyo– su carácter minucioso y metódico a la hora de acometer su trabajo. Gracias a esa entrega seguimos disfrutando como espectadores de su hacer y quienes se dediquen, o lo pretendan, al oficio de comediante, tienen en él un referente que persiste y seguirá siendo vigente gracias a la magia del cine.

Desde niño fui mudo testigo de su concienzudo sistema de trabajo creativo. Y digo mudo porque un absoluto silencio debía reinar en casa mientras el estaba en su despacho. Encerrado durante horas con su té de jazmín leía repetidamente los guiones, desmenuzaba a conciencia el texto, realizaba anotaciones precisas y pulcras con aquella letra elegante y de trazo único. Estaba pero no estaba. Como niño no entendía que mi padre pudiera estar tan cerca de mí, y a la vez tan lejos. Lo entendí después, como espectador.

“De haber sido más insensato hubiera sido mucho más feliz”, dijo. Pues esa prudencia y esa sensatez te hicieron grande entre los grandes y no tengo por menos que agradecerte haber sacrificado parte de la felicidad que tanto hubieras merecido.

Gracias, papá.

José Luis López Magerus es hijo de José Luis López Vázquez



La gran familia

Juan José Campanella

Yo lo vi en persona

En el año 2003, Argentina estaba pasando por uno de los peores momentos de su historia. Tanto era así que incluso gente de mi edad, arriba de la cincuentena, no tenía la experiencia necesaria para sortearlo. Sin duda alguna, algo había salido mal y necesitábamos refundar el país. Asambleas populares en las calles, en los medios, debates en las familias, entre amigos y entre desconocidos nos mostraban desorientados, buscando una mirada amiga en donde poder descansar un momento. El grito de la sociedad en ese momento era "que se vayan todos". Paradójicamente, el país estaba más unido que nunca. Digo paradójicamente porque estaba unido en su desesperación. El destino de uno era el destino de todos. Pero buscábamos soluciones con desaliento.

En ese contexto nació *Luna de Avellaneda*. Comenzamos a desandar el camino de la historia y llegamos al momento en que nuestros abuelos habían llegado a Argentina. A ese momento histórico en que los argentinos decían "que vengan todos". Necesitaba mirar el recuerdo de mi abuelo Julio Quintana a los ojos y descubrir en él esa fuerza que le hizo empezar de nuevo en un país extraño.

Los condimentos que vi en el abuelo Julio son bastante escasos en nuestros días: fuerza, honestidad, empatía, contención. Cariño y sentido del humor. Un hombre que con solo poner su mano en tu cabecita de niño, mirarte, sonreír y decir "va a estar todo bien", nos dejaba dormir tranquilos. ¿Dónde estaba el abuelo Julio? ¿Dónde lo podíamos encontrar? ¿Quién podía representar todo eso con una sola mirada?

Tenía muchos nervios el día que conocí a José Luis. Fue en un almuerzo en Madrid. Yo llegaba tarde, apurando el paso. Por Dios, encontrarme con un monstruo del cine, un actor inolvidable, un icono de mi infancia. El hombre que había sido protagonista nada menos que con Luis García Berlanga y con Carlos Saura me iba a dar el honor de compartir una comida. ¿Cómo iba a actuar? ¿Qué le iba a decir? ¡Por Dios, iba a encontrarme con José Luis López Vázquez!

Mi sorpresa fue mayúscula cuando al entrar al restaurante no me encontré con el astro que imaginaba. Cuando yo me deshacía en disculpas por llegar tarde me puso una mano en el hombro y me dijo "está todo bien". El que me recibió en la mesa con una afectuosa sonrisa fue mi abuelo Julio.

Mientras nos sentábamos me dijo que había cambiado el restaurante porque en el que había sugerido yo "el pescado tiene gusto a pie". No me había terminado de sentar cuando lancé la primera carcajada. De repente no estaba en Madrid con un actor que veneraba, sino en el barrio de Florida, con mi abuelo, al que también veneraba.

Todo lo que buscaba para el personaje lo encarnaba José Luis. Ese hombre, diminuto de estatura y altísimo de elegancia, nos cautivó a todos. Nos ponía un listón muy alto en cuanto a la disciplina del trabajo. Siempre con una sonrisa, cuando no una carcajada. Un artista que disfrutaba de la buena actuación de un compañero tanto como de una buena comida. A sus 82 años era una dinamo de energía.

A mediados de una semana de rodaje intenso se me acercó y me preguntó en voz baja si existía la posibilidad de tener el viernes libre. La filmación era dura, hacía mucho frío. Me conmisere de lo que pensé era un seguro cansancio. "¿Necesitas descansar, José Luis?". "No, es que viene mi novia de España y quiero llevarla a las cataratas". Todos los veinteañeros de la filmación estaban esperando el fin de semana para tumbarse en una cama. Él quería subirse a un avión e ir de turismo safari con su novia. "José, me aseguro que tengas libre desde el jueves a la tarde, así viajan ese día". Cuando todos nos reencontramos el lunes siguiente, la única sonrisa descansada era la de José Luis.

Filmando la escena de su muerte, yendo de los actores a la cámara, preocupado por la luz o quién sabe qué otra cosa técnica, vi que el doble de luces de Ricardo Darín estaba sentado en el suelo, en un rincón, mirando a José Luis con los ojos llenos de lágrimas. Le pregunté qué le pasaba y con una enorme sonrisa me dijo: "no puedo creer que esté aquí. Todos van a ver esto en cine, y yo lo estoy viendo en persona".

No me voy a olvidar de ese día y de esa frase. Es una frase que me repito cada día de filmación, pero nunca como aquella vez. Cuando llegué al monitor miré la pantalla y no me senté en mi silla. Volví a la cámara y me paré al lado. Porque ahí frente a mí estaba el 'gran' José Luis dando cátedra, estaba mi abuelo Julio poniéndome la mano en el hombro. El personaje se estaba muriendo, pero estaba feliz, pleno, empático, contenido, sabio, un cuerpo pequeño en el que no entiendo cómo cabía tanta alma. José Luis estaba dando una lección de actuación. Y mirándolo, todos los problemas de tiempo, luz, frío y desperfectos desaparecieron. Porque José Luis me ponía la mano en el hombro y decía: "está todo bien". Fue una enorme actuación de un hombre enorme. Ustedes lo podrán ver en el cine. Yo lo vi en persona.

“No entiendo cómo en un cuerpo tan pequeño cabía tanta alma”

Juan José Campanella es director de cine, guionista y productor

Guillermo
Balmori

225

225. Nada más y nada menos. Esa es la desorbitante cantidad de películas que componen la filmografía de José Luis López Vázquez y que analizamos en un libro dedicado a su centenario dentro de la colección 'El universo de...', que tiene como protagonistas a las grandes figuras del séptimo arte, normalmente de Hollywood (todavía no lo tiene George Cukor, el director que aseguró que López Vázquez era uno de los mejores actores con los que había trabajado).

Nunca antes nos habíamos encontrado con alguien que tuviese tantas películas para desarrollar en la colección, ya que la norma es analizar una por una todas las que componen la filmografía íntegra del homenajeado. Lo más cercano fue el libro de Fernando Fernán-Gómez que publicamos el año pasado con motivo también del centenario de su nacimiento, y que incluía un análisis de sus 156 películas, cifra que ya supuso un problema para organizar y maquetar la obra.

En ambos casos hemos tenido que cambiar la estructura de la colección para dar cabida al ingente aluvión de películas que componen la obra de estos dos titanes del cine (iba a decir del cine español, pero no seremos nosotros quienes contradigamos a Cukor).

Ninguna estrella de Hollywood –imagino que en el cine español quizá pueda haberla– hizo tantas películas como López Vázquez. Y hablo de

estrellas, no de actores. Pienso por ejemplo en Bette Davis, que estuvo en el cine desde muy jovencita hasta que falleció, y rodó 88 películas. Y esto me lleva a pensar... ¿tenemos en España las estrellas de cine con la carrera más abultada de títulos? Sería un tema interesante para analizar. Hay que tener en cuenta además que las 225 películas de López Vázquez no incluyen los telefilmes ni series de televisión... ¡que hubo muchas, entre ellas *La cabina!*

Por supuesto que España no era Hollywood y desde luego nuestras estrellas no eran mimadas como las de allí (ni tan tiranizadas, por suerte para ellas). Aquí los sueldos no eran los de allí ni la maquinaria era la misma. Las estrellas tenían que trabajar y trabajar. López Vázquez es una prueba de ello. 225 veces apareció su nombre en unos títulos de crédito. 225 veces pudo el público asistir a un estreno suyo. 225 personajes jalonaron su grandioso arcoíris interpretativo.

225 veces nos acompañó... y muchas más, porque las películas podemos verlas una y otra vez.

Todo esto pueden parecer números y estadísticas, pero no lo son. Al menos no solo. Ya fuera como actor principal o como secundario, el público tuvo muchas oportunidades de ver a José Luis López Vázquez en pantalla, y bien sabe Dios que lo aprovechó. Que lo aprovechamos. Le quisimos, le queremos y le querremos. 225 películas. Eso no lo supera ni George Cukor.

Guillermo Balmori es coordinador, junto a Enrique Alegrete, del libro El universo de José Luis López Vázquez (VVAA, Notorious Ediciones)

“¿Tenemos en España las estrellas de cine con la carrera más abultada de títulos?”



El cochecito

ENTRE LOS GRANDES DEL CINE

PEDRO OLEA

RECÍEN finalizado el año del centenario de Fernando Fernán-Gómez me viene a la memoria su emocionante mutis final en el escenario del Teatro Español. Algunos nos sentábamos un rato ante unas mesitas como de café que rodeaban su féretro, cubierto con una bandera anarquista, como si se tratara de una especie de tertulia con el difunto. Al cabo de un rato vi subir, desde el patio de butacas y con cierto esfuerzo, a José Luis López Vázquez. Me levanté para ayudarle y, agarrándose a mi brazo, me dijo: "el próximo soy yo". Un par de años después se hizo realidad tal premonición. Esa vez su despedida tuvo lugar en el escenario del María Guerrero, donde había debutado como actor teatral.

Siempre he pensado que José Luis López Vázquez está a la altura de los grandes intérpretes de la historia del cine, sin nada que envidiar a los Jack Lemmon, Vittorio Gassman, Alberto Sordi o Alec Guinness que, como él, dominaban tanto la comedia como el drama. Incluso George Cukor se entusiasmó tras rodar juntos *Viajes con mi tía*, pero cuando quiso que trabajasen de nuevo en Hollywood López Vázquez no aceptó la oferta. Así empezó y terminó su carrera americana.

Nos conocimos cuando le propuse rodar *El bosque del lobo*, basada en el auténtico caso de un presunto *lobishome* (hombre lobo en gallego y primer título de la película) y con guion de Juan Antonio Porto -fallecido en 2021-, tataranieto del abogado defensor del personaje real.

La forma que tenía López Vázquez de preparar su papel era muy especial. No había estudiado interpretación y su método consistía en encerrarse en una habitación en silencio absoluto y con los codos apoyados ante el guión, anotando en las páginas en blanco de la izquierda lo que le ocurría en ese momento al personaje, indicando de dónde venía y a dónde iba. Lo hacía siempre, ya que solía rodar varias películas a la vez. Incluso un par de años antes había intervenido en doce largometrajes. De esa forma podía estar relajado cuando el director de turno rodaba la escena. Tenía algunas de las páginas blancas de su guión -que conservo como regalo de su hijo- casi tan llenas de su texto como del

original de la secuencia correspondiente. Y con algún pequeño dibujo suyo, porque también dibujaba y pintaba muy bien, ya que comenzó como ilustrador, figurinista y escenógrafo en la profesión.

Tras superar la censura, que prohibió que el protagonista imaginara a sus víctimas desnudas antes de matarlas y que quedara claro que a continuación se las comía, comenzó la aventura. El rodaje (terriblemente incómodo por realizarse casi íntegramente en pequeñas zonas de la Galicia interior) lo realizó perfectamente entregado y sin la menor queja por la escasez de comodidades. Al terminar, le confesé que me gustaría contar con él en cuanto tuviera otro personaje a su medida.

La película fue premiada en el Festival de Valladolid y con buenas críticas. Poco después volvió a competir en el de Chicago, consiguiendo López Vázquez el Premio de Interpretación, además de otras críticas positivas, especialmente la de Variety.

Pero tras el estreno todo estuvo a punto de derrumbarse. Luis Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno, había escuchado opiniones cercanas que criticaban la película por tratarse de otro producto de la leyenda negra antiespañola en el que se mezclaban la religión y la superstición de forma lamentable y pidió un pase de la película. Tras proyectarle una copia, estuvo de acuerdo con esas opiniones y decidió prohibirla.

Afortunadamente, y antes de llegar a retirar la película de los cines, otras opiniones igualmente cercanas le informaron de que *El bosque del lobo* había obtenido el Premio San Gregorio en el Festival de Cine Religioso y de Valores Humanos -que es como se llamaba entonces la actual SEMINCI- y le pidieron que pensara en la repercusión de una decisión tan radical con esos datos. Ya comenzaban los estertores del franquismo, al menos en el cine, y acabó por desistir

de la prohibición. Siempre he opinado que la película tuvo muchos premios, pero que ese gol a Carrero Blanco fue el mejor de todos.

Tres años después me ofrecen dirigir *No es bueno que el hombre esté solo*, un guión de José Luis Garci con otro difícil personaje, el de un hombre que convive con una muñeca. Comenté la historia con mi antiguo profesor y amigo Luis García Berlanga -también reciente su centenario-, ya que tenía un proyecto similar. Y tras decirme que la rodara porque era muy diferente a su *Tamaño natural*, acepté la oferta. La censura volvió a po-

“Las páginas de su guion estaban tan llenas de su texto como del original de la secuencia correspondiente”

ner pegas al guión y, para obtener el permiso de rodaje, debimos firmar algo tan curioso como que la película trataría “no de una perversión sexual, sino de una anomalía psíquica”.

En el rodaje, enfrentándose a una Carmen Sevilla que chantajea su particular intimidad, de nuevo López Vázquez volvió a sorprender con otra gran interpretación, tan difícil y compleja como la de *El bosque del lobo*. Y el gran éxito de público, tanto en España como en Latinoamérica, nos vino muy bien a cuantos participamos en el proyecto.

Ya en la Transición comenzamos a preparar *Akelarre*, otro particular acercamiento al género de terror, también inspirado en un caso auténtico, en el que se trataba de estudiar la realidad de las brujas en Navarra tal como lo habíamos

hecho con la del presunto hombre lobo gallego.

¿Y qué mejor inquisidor que López Vázquez? Aceptó el papel y lo convirtió en otro personaje que bordó: un religioso sádico, cruel y libidinoso. Simplemente, su forma de rozar con los dedos el pecho de Silvia Munt al quitarle una medalla, de dirigir otra sesión de tortura con ella desnuda y flagelándose después en su celda, demuestra un perfecto tratamiento interpretativo de la represión que sufre el siniestro fraile.

En 1992 rodamos *El maestro de esgrima*, donde le pedí que aceptara un personaje menor que los anteriores, el de un policía muy especial que investiga un crimen que se comete durante el desarrollo de la acción. Y me regaló otra demostración de su talento, ya casi sin dirigirle. El primer día que le tocó rodar se limitó a preguntarme: “¿puedo darle un toque de comedia o como siempre?”

La última vez que le vi también pretendía su colaboración. Estábamos preparando la versión teatral de *El pisito*, de Rafael Azcona, que él interpretó en cine dirigido por Marco Ferreri. Su personaje lo ensayaba Pepe Viyuela. Era, como se sabe, un tipo que debía casarse con la anciana propietaria del piso para poder heredarlo pronto, personaje que interpretaba Asunción Balaguer. En una escena, ella rezaba a su padre para que permitiera la boda y era respondida por la voz paterna aprobando la extraña unión desde el cielo. Esas frases en off eran lo que yo quería que López Vázquez grabara. Fui a su casa con el texto. Ya estaba ciego y oía mal. Lo intentamos, pero no pudo ser este último homenaje que quise hacerle. Estábamos en 2009, el año en que falleció. La última imagen que guardo suya es agarrándome la mano, mirándome sin ver y recordando cosas del rodaje de *El bosque del lobo* que yo había olvidado.

Le sigo echando de menos cada vez que emiten por televisión alguna de sus muchas películas, y nadie me puede quitar el placer de haber colaborado juntos en esos trabajos que su inmenso talento tanto enriqueció. Hasta Cukor me hubiera tenido envidia.

Pedro Olea es director de cine, productor y guionista

CARMEN DE LA MAZA:

“La mirada de José Luis te lo contaba todo”

Chusa L. Monjas

“A José Luis, uno de los grandes del cine español, le dio mucho de sí la vida. Era un actor completo, lo abarcó todo y te creías todos los personajes que hizo. Era digno de admiración. Aparte del calzoncillo y de perseguir a las suecas, tenía un currículum...”, destaca Carmen de la Maza, la actriz con la que el conocido intérprete madrileño vivió una historia de amor que duró hasta los últimos días de su vida.

De la Maza hace memoria. Se conocían de siempre, pero no habían trabajado juntos hasta que coincidieron en la función *Cena para dos*, de Santiago Moncada. “José Luis había hecho películas con mi marido, el director cinematográfico Agustín Navarro, pero nosotros solo trabajamos juntos una vez y fue con la obra de Santiago Moncada. Y esa admiración mutua nos unió”, recuerda la actriz, a quien el actor dedicó, sin decir su nombre, su Goya de Honor en 2004. Fue su ‘amor tardío’. “Sí, se refería a mí. Los dos éramos ya mayorcitos, sobre todo él”, apunta.

Le cuesta destacar uno de los trabajos del actor que mejor representó en la gran y pequeña pantalla al español medio, “porque en todas sus interpretaciones desprende verdad. Le vi en el teatro, en *Muerte de un viajante*, *Equus* y, por su-

puesto, en *La cabina* y en *Mi querida señorita...* Creo que me quedo con *La prima Angélica* y *Mi querida señorita* por esa magia camaleónica que tenía. En esas dos películas su mirada era la justa, la que tenía que ser. Y no me puedo olvidar de ese gesto de desesperación en *La cabina*. Espectacular. No sé que otro actor hubiera podido hacerlo”, apostilla.

A sus cualidades -profesionalidad, dedicación y la credibilidad que daba a los más de 250 personajes que encarnó-, De la Maza añade “su profundo estudio del personaje, se metía hasta lo hondo. En *Mi querida señorita* estudiaba hasta cómo tenía que moverse el dedo meñique cuando cosía a máquina. Y, sobre todo, su mirada. La mirada de José Luis te lo contaba todo”, recalca.

¿De dónde venía su capacidad para crear personajes? Su creencia es que del balón que se le rompió cuando tenía 5 años. “De niño, su sueño era tener un balón y su madre, con mucho sacrificio, se lo compró. Salió a la calle a dar patadas, un camión se lo rompió y nunca más quiso jugar al balón. El gran José Luis López Vázquez sale de ahí, lo que no deja de ser una frustración, de un balón roto debajo de un camión. Ahí no hay método, hay un talento que nace y se desarrolla,



y que él lo estudia y lo trabaja. La interpretación fue su pasión”, manifiesta.

También le cuesta pronunciarse sobre los posibles herederos profesionales de López Vázquez. “Javier Bardem es un grandísimo actor, pero no lo puedo comparar con José Luis, es otra cosa. Ahora hay muy buenos actores, pero es otra la manera de trabajar. Fernán-Gómez y José Luis eran los superdotados de la profesión, eran capaces de hacer todo y todo bien. Eran dos grandes, que se miraban a la cara y sabían de qué iba la cosa”.

Consciente de lo mucho que marca el físico a los intérpretes, cree que el actor no hizo escuela por su apariencia “de hombre corriente al que le podía pasar lo más maravilloso y la mayor desgracia del mundo. Cuando íbamos de paseo, a veces le preguntaban si era José Luis López Vázquez, y él contestaba: un poco”, rememora De la Maza.

METÓDICO, EDUCADO, TÍMIDO Y PULCRO

Le gustaba el teatro, pero su medio fue el cine, donde no le quedó ningún personaje por hacer y a través del cual acompañó a millones de españoles a lo largo de su vida. “No era vanidoso, le divertía mucho su trabajo y era poco amigo de la fama. Le encantó rodar *El bosque del lobo*, de Pedro Olea,

y estaba muy agradecido a Mercero y a Saura, que confiaron en él. Se podía haber pasado toda la vida en calzoncillos, persiguiendo suecas, pero llegó Saura y le ofreció *La prima Angélica*”, dice.

Viajar, pasear, ver películas. En los cinco años que estuvieron juntos, De la Maza conoció muy bien al profesional “metódico” que ordenaba los guiones “por sesiones, por frases, se los aprendía de memoria y los clavaba”; al hombre “tímido y sumamente educado y pulcro” al que le gustaba “comer rico y enviarme flores”; al José Luis López Vázquez que recorría Madrid en autobús. “Todos los conductores le conocían”, señala la actriz, que menciona la colaboración del actor con George Cukor, *Viajes con mi tía*.

“Cuando el señor Cukor vio *Mi querida señorita*, le escribió una nota pidiéndole disculpas por haberle dado un papel tan pequeño. Podía haber hecho carrera en el extranjero, pero José Luis era feliz con su lengua, su Madrid del alma y su marisquito”.

Carmen de la Maza era actriz y fue la última pareja sentimental del actor. La entrevista se realizó dos semanas antes de su fallecimiento.

Un hombre llamado cine

Manuel Gutiérrez Aragón

Lo he contado muchas veces, pero quizá no con el suficiente énfasis: José Luis fue enormemente generoso con el director debutante que era yo por entonces. Estamos en los años setenta e iba a realizar mi primer largometraje, *Habla, mudita*. López Vázquez era un actor muy solicitado y podía elegir película, emplear su tiempo en la producción que eligiera. Y digo que fue generoso porque aceptó rodar con un desconocido, en un paraje inhóspito y con pocas comodidades.

Todos los días había que subir desde el pueblo de Potes hasta un punto de la carretera en que dejábamos el coche y nos montábamos en un todoterreno. Después, había que abandonar el vehículo y caminar un poco. Además, ese año se adelantó el invierno, y la región de los Picos de Europa en la que rodábamos se convirtió en una nevera. Aun así, López Vázquez nunca puso inconvenientes a las duras condiciones del rodaje. Eso sí, al final me enteré de que había protestado con producción, pero nunca conmigo. Y eso que el primer día tuvimos un desencuentro: yo no quería que el personaje llevara un gorrito de montaña y un bastón, indumentaria que a él le gustaba. La cosa se arregló, y ambos administrículos quedaron suprimidos. Pero la tensión entre el novato y el veterano continuaba. Poco a poco, los dos nos fuimos encontrando. La personalidad de López Vázquez le iba al personaje, con o sin gorrito y bastón: tenía un lado cómico y otro patético. Creo que eso es difícil de encontrar en un actor, en cualquier actor.

Por otra parte, López Vázquez daba al equipo una lección de supervivencia en las condiciones adversas del rodaje. Allá arriba, en la montaña, no había roulottes, ni camerinos, ni casi nada. Mientras todos dábamos muestra de frío y fatiga, él conseguía permanecer descansado, apartado, buscándose un lugar cómodo, casi un refugio, hasta el momento de entrar en escena. Así conseguía aparecer fresco y rozagante y extraer de sí mismo lo mejor.

Al finalizar la película, López Vázquez me invitó a regresar a Madrid en su coche, los dos solos. En el camino me contó su niñez y sus comienzos en el cine, y lo difícil que era encontrar papeles interesantes incluso entonces. Y no, la verdad es que no, la vida de un actor en aquellos años no era fácil. Nunca lo ha sido.

Manuel Gutiérrez Aragón es director de cine, guionista y escritor



Habla, mudita.

“López Vázquez era un actor muy solicitado, fue muy generoso eligiendo a un debutante”

Uno de los nuestros

Javier Gutiérrez



FOTO: PIPO FERNÁNDEZ.

ME piden que escriba unas líneas con motivo del centenario del nacimiento de José Luis López Vázquez. Me halaga y emociona el encargo por lo que tiene de especial su figura para mí. Sería extensa y variada la lista de intérpretes de generaciones anteriores a la nuestra que lograron llegar a la excelencia en muchos de sus trabajos. Por citar algunos, Fernando Fernán-Gómez, José Luis Ozores, José Bódalo, Pepe Isbert, José María Rodero, Alfredo Landa, Pepe Sacristán, María Luisa Ponte, Irene Gutiérrez Caba, Concha Velasco, María Isbert... y así un larguísimo etcétera. Pero si tuviera que quedarme con uno de todos ellos, sería sin lugar a dudas con López Vázquez. Para mí, el actor total. Capaz de transitar de la comedia al drama sin apenas despeinarse, sabiendo sacar jugo de cualquier línea del texto, imprimiendo a sus personajes una interpretación personalísima llena de abundantes colores y matices. José Luis era un actor versátil, completo, con una extraordinaria capacidad para entender e incorporar de manera brillante toda clase de personajes.

Sin miedo a equivocarme y sacudiendo cualquier complejo de inferioridad, nuestro actor está a la altura de los más grandes, jugando en la misma liga que los inmensos Jack Lemmon o Marcello Mastroianni. Admiro de él su forma de hacer, al igual que su sentido práctico de la profesión. Suscribía algo muy interesante que afirmó en su día el gran Laurence Olivier. Nuestro oficio se sustenta en tres patas, condiciones fundamentales para cualquier actor; a saber: talento, suerte y aguante. López Vázquez pondría el aguante como la primera porque sin ella, decía, no hay lugar ni tiempo para las otras dos. Ese aguante y haber estado presente en abundantes películas fácilmente olvidables le permitirían participar en otras excelentes, y algunas de ellas títulos imprescindibles de nuestro cine.

El talento era innato en él. Un talento unido a una enorme exigencia y compromiso a la hora de acometer cualquier proyecto. Y por último, la suerte, que llegaría en forma de confianza ciega, depositada en él por parte de productores, directores y compañeros que siempre le vieron como a un actor de innumerables recursos. Es conocida la anécdota en la que, cuando López Vázquez comenzaba a dar sus primeros pasos en el mundo del cine como figurinista y escenógrafo, José María Rodero llamó una noche a su casa para ofrecerle un trabajo como dependiente en Galerías Preciados en la película que este rodaba con Berlanga, *Novio a la vista*. El actor contratado no convencía al director y necesitaban urgentemente un sustituto con cierta gracia, Rodero se acordó de él, y aquella breve aparición fue el comienzo de una larga y fructífera relación de grandes títulos con el tándem Berlanga-Azcona.

Siempre que me preguntan por mis referentes o fuentes de inspiración a la hora de componer la mayoría de mis personajes,

aparece el nombre de López Vázquez o el de cualquier otro de los grandes actores de esa generación. Como ejemplo, si se me permite, citaré dos de mis trabajos de los que me siento especialmente orgulloso. Uno, el policía de *La isla mínima*, de Alberto Rodríguez, en la que la interpretación de Alfredo Landa en *El Crack*, de Garcí, estuvo muy presente en todo mi proceso creativo. Y la segunda, para ese aspirante a escritor dispuesto a todo con tal de conseguir su objetivo en *El autor*, Manuel Martín Cuenca me aconsejó acercarme al personaje fijándome en *El monosabio* que tan brillantemente interpretó López Vázquez.

Quizá porque me reconozco en ese españolito medio que tan bien representaba, quizá porque fui un niño introvertido, melancólico y de salud débil como él, o bien porque coincidí en su carácter unamuniano que tiñe de sentimiento trágico la vida, me gusta mirarme en su espejo, en el espejo de esa generación de cómicos a la que tanto debemos, y verme y vernos de alguna forma reflejados.

López Vázquez formará parte ya para siempre de nuestra memoria cinéfila con grandes títulos como *La cabina*, *Mi querida señorita*, *La prima Angélica*, *El jardín de las delicias*, *El pisito* o *La escopeta nacional* como muestra de una dilatada y brillantísima carrera. Yo, como hace él en su personaje de Fernando Galindo en la genial *Atraco a las tres*, de José María Forqué, no puedo dejar de declararme "un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo..." del maestro José Luis López Vázquez. El actor total.

Javier Gutiérrez es actor

Assumpta Serna

Lección de vida

Cuando yo empezaba mi carrera como actriz estaba convencida que mi generación cambiaría el mundo. Corría 1978 y era rebelde con todo: el sistema, mi familia, los convencionalismos, la industria cinematográfica de aquel momento... Pensaba que había llegado la hora de eliminar lo caduco y sacudirse el polvo acumulado, de crear y experimentar. José Luis López Vázquez era para mi un actor "familiar" que representaba el cine de otra época. Sus películas no eran "lo mío", lo que yo y los míos queríamos expresar.

Llegué a Madrid trabajando en la obra teatral *Antaviana*, del catalán exiliado en México Pere Calders. Llamé a la puerta de muchas productoras hasta que Pilar Miró me dio un pequeño papel en *El crimen de Cuenca*. ¡Por fin algo diferente! Era el cine que quería hacer, pero había pocos ejemplos como este a principios de los ochenta.

Necesitaba vivir de mi profesión, no tenía red familiar, no podía mirar atrás. Y aquí surgía el dilema. ¿Para poder subsistir tenía que aceptar cualquier película? ¿Qué sacrificios estaba dispuesta a realizar? ¿Servían los ejemplos de Meyerhold de sacrificar incluso la vida o el radicalismo de Artaud?

No hubo más remedio. Tuve que dirigirme a las productoras de toda la vida, como las de Balcázar o Frade, y acepté situaciones desagradables como persona, trabajadora y creadora, pero el dinero de estos pequeños papeles me permitía comprar un colchón, tal vez más adelante irme a Francia, Inglaterra, Estados Unidos...

Fue entonces, en pleno dilema personal y profesional, cuando conocí a José Luis López Vázquez en 1981, durante el rodaje de *127 millones libres de impuestos*, una película dirigida por Pedro Masó. En esta película actuaban los grandes actores del momento: Fernando Fernán-Gómez, Agustín González, Amparo Baró, Amparo Soler Leal, Guillermo Marín, María Luisa Ponte o Carlos Larrañaga. Yo actuaba vestida de criada y me trataron como tal, lo cual me alegró porque tuve la oportunidad, limpiando los ceniceros, de escuchar sus conversaciones. Comprobé que cada anécdota que contaban había contribuido a forjar sus carreras y José Luis López Vázquez estaba agradecido a sus personajes y al cine con el que había crecido profesionalmente. Recordaba con nostalgia y cariño la manera artesanal de hacer cine en décadas pasadas y conservaba intacta la ilusión por dar vida al siguiente personaje.

José Luis López Vázquez no era un buen conversador, al menos conmigo. Me daba la impresión de que no sabía tratar a las chicas como yo y que no le interesaba nada de lo que yo pudiera contarle, como muchos hombres de su generación. Pero yo le observaba. Veía su sana avaricia por hacer cine, mucho cine, muchos personajes durante cuatro décadas, porque según él no tenía sentido elegir qué películas si al final el gusto es del espectador. Además, los actores y actrices debíamos protegernos actuando con la misma ilusión de cuando empezábamos... porque elegir, muy pocos

actores podían hacerlo. No sabíamos cuando íbamos a poder volver a actuar. Todos tenían claro por qué trabajaban: para poder vivir de su oficio, aspecto noble y deseable, mires por donde lo mires.

Mi contradicción se agudizaba. ¿Podía yo justificar el aceptar cualquier cosa y tendría ilusión al actuar o debía ser más responsable al aceptar los personajes? Ya no hacía falta el sacrificio de la propia vida como Meyerhold pero, ¿sería capaz de aceptar lo que algunos consideraban mediocre y no avergonzarme por el camino?

Mientras duraron mis breves intervenciones en aquella película, empecé mirar de otra forma ese cine del que había renegado para poder valorar lo bueno y escuchar sin prejuicios. Y pude descubrir a Azcona y algunas joyas de nuestro cine gracias a José Luis López Vázquez como *El pisito*, *Plácido*, *Atraco a las tres*, *El verdugo*, *Peppermint frappé*, *Mi querida señorita*, *La prima Angélica* o *La escopeta nacional*.

Y en ese guion en el que estábamos inmersos, *127 millones libres de impuestos*, firmado por Azcona y Masó, leía las frases y me imaginaba cómo las diría al día siguiente López Vázquez. Siempre me sorprendía. Era original, único. Sus silencios, su compromiso total con el guion, su incertidumbre, su sorpresa con el texto del otro después de diez tomas. No hablaba tan distinto su personaje de como él mismo hablaba desde el sofá de la sala de actores. Y aprendí mucho. Descubrí su enorme valor como actor y el legado que nos dejó a todos.

Y nos encontramos como profesionales en tres películas más: primero *Crónica sentimental en rojo*, en 1986, con la maravillosa elegancia de Rovira Beleta, y *La veritat oculta*, adaptación de un cuento del mismo exiliado Calders, en 1987, película dirigida por Carles Benpar, un enamorado del cine, las dos rodadas en Barcelona.

Hablamos de Saura, de Berlanga, de Azcona, de sus anécdotas entre tomas y tomas. Descubrí el orgullo que sentía cuando hacía un secundario y lo clavaba, él, que había hecho maravillosos protagonistas. ¿Por qué no? Lo que importaba es ser recordado por el público... Una década más y volví a sonreír con su humanidad al interpretar al comisario Campillo en *El maestro de esgrima*.

Entonces ya tenía claro que José Luis López Vázquez había creado un estilo imprescindible y necesario en el cine español. Un estilo propio, que es el sello de los grandes intérpretes y que no se aprende en las escuelas. Un gran actor que mostró con precisión cómo ser auténtico y me abrió las puertas a un cine que yo tenía que aprender a amar porque era el mío, el nuestro. Un maestro, en fin, que me dio una gran lección de vida y de profesionalidad.

Assumpta Serna es actriz y profesora de interpretación

“José Luis me abrió las puertas a un cine que yo tenía que aprender a amar porque era el mío, el nuestro”